

Versión española de
ERNESTO LACLAU

ERNESTO LACLAU
y CHANTAL MOUFFE

HEGEMONÍA
Y ESTRATEGIA 
SOCIALISTA

Hacia una radicalización
de la democracia



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en inglés, 1985
Primera edición en español, 1987
Segunda edición en español (FCE, Argentina), 2004
Tercera edición en español (FCE, Argentina), 2010
Primera reimpresión, 2011

Laclau, Ernesto

Hegemonía y estrategia socialista : hacia una radicalización de la democracia / Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. - 3a ed. 1a reimpr. - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2011.

248 p. ; 23x16 cm. - (Sociología)

Traducido por: Ernesto Laclau
ISBN 978-950-557-836-8

1. Sociología. I. Mouffe, Chantal II. Laclau, Ernesto, trad. III. Título.
CDD 301

08092

AO 5072

Título original: *Hegemony and socialist strategy. Towards a radical democratic politics*
ISBN de la edición original: 1-85984-330-1
© 1985, Verso, Londres

D. R. © 2004, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA S. A.
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D. F.

ISBN: 978-950-557-836-8

Comentarios y sugerencias:
editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Hegemonía y estrategia socialista fue publicado originariamente en 1985 y ha estado, a partir de entonces, en el centro de muchas discusiones teóricas y políticas importantes, tanto en el mundo anglosajón como en otras partes. Muchas cosas han cambiado desde aquel tiempo en la escena contemporánea. Para referirnos tan sólo a los desarrollos más importantes, es suficiente mencionar el fin de la Guerra Fría y la desintegración del sistema soviético. A esto debemos añadir las drásticas transformaciones en la estructura social que están en la raíz de nuevos paradigmas en la constitución de identidades sociales y políticas. Para percibir la distancia epocal entre el comienzo de los años ochenta, cuando este libro fue originariamente escrito, y el presente, tenemos tan sólo que recordar que, en aquel tiempo, el eurocomunismo era todavía visto como un proyecto político viable que iba más allá tanto del leninismo como de la socialdemocracia, en tanto que, a partir de entonces, los debates principales que han absorbido la reflexión intelectual de la izquierda han sido aquellos centrados en los nuevos movimientos sociales, en el multiculturalismo, en la globalización y en la desterritorialización de la economía, y en el conjunto de problemas vinculados con la cuestión de la posmodernidad. Podríamos decir –parafraseando a Hobsbawm– que el “corto siglo XX” concluyó en algún punto a comienzos de los años noventa y que hoy en día encaramos problemas de un orden sustancialmente nuevo.

Dada la magnitud de estos cambios epocales, nos sorprendimos, al ir sobre las páginas de este libro no tan reciente, al advertir lo poco que teníamos que poner en cuestión respecto de la perspectiva intelectual y política que en él se plantea. La mayor parte de lo que ha ocurrido desde entonces ha seguido de cerca el camino sugerido en nuestro libro, y aquellos problemas que eran centrales para nuestras preocupaciones en aquel momento han pasado a ser cada vez más prominentes en las discusiones contemporáneas. Podríamos incluso decir que hoy vemos la perspectiva teórica desarrollada en aquel entonces –centrada como lo estaba en la matriz gramsciana y en la centralidad

de la categoría de hegemonía— como un enfoque más adecuado a los problemas contemporáneos que el aparato intelectual que ha acompañado a menudo las discusiones recientes sobre la subjetividad política, sobre la democracia y sobre las derivas y las consecuencias políticas de una economía globalizada. Ésta es la razón por la que queremos recapitular, como introducción a esta segunda edición, algunos puntos centrales de nuestra intervención teórica, y contraponer algunas de sus conclusiones políticas a ciertas tendencias recientes en la discusión en torno a la democracia.

Comencemos por decir algo acerca del proyecto intelectual de *Hegemonía...* y de la perspectiva teórica a partir de la cual fue escrito. En la mitad de los años setenta, la teorización marxista había llegado, claramente, a un punto muerto. Después de un período excepcionalmente rico y creativo en los años sesenta —que tuvo su epicentro en el althusserianismo, pero también en un renovado interés en Gramsci y en los teóricos de la escuela de Frankfurt—, los límites de esa expansión comenzaban a ser claramente visibles. Había un hiato creciente entre las realidades del capitalismo contemporáneo y lo que el marxismo podía legítimamente subsumir bajo sus propias categorías. Es suficiente recordar las contorsiones crecientemente desesperadas que tuvieron lugar en torno a nociones tales como “determinación en la última instancia” y “autonomía relativa”. Esta situación, en su conjunto, dio lugar a dos tipos de actitud: o bien negar los cambios y retraerse —de modo muy poco convincente— en un *bunker* ortodoxo, o bien adicionar, *ad hoc*, análisis descriptivos de las nuevas tendencias que eran simplemente yuxtapuestos, sin integración, a un *corpus* teórico que se mantenía sin cambios sustanciales.

Nuestro modo de tratar la tradición marxista fue enteramente diferente, y podría quizás formularse en términos de la distinción husserliana entre “sedimentación” y “reactivación”. Las categorías teóricamente sedimentadas son aquellas que ocultan sus actos de institución originaria, en tanto que el momento de la reactivación hace nuevamente visibles esos actos. Para nosotros —oponiéndonos aquí a Husserl—, esta reactivación debe mostrar la contingencia originaria de aquellas síntesis que las categorías marxistas intentaban establecer. En lugar de adherimos a nociones tales como “clase”, la tríada de niveles (lo económico, lo político y lo ideológico) o la contradicción entre fuerzas y relaciones de producción como fetiches sedimentados, lo que intentamos fue revivir las precondiciones que hicieron posible su operatividad discursiva, y nos interrogamos acerca de su continuidad o discontinuidad en el capitalismo contemporáneo. El resultado de esta operación fue el percibir que

el campo de la teorización marxista había sido mucho más ambivalente y diversificado que el travestido monolito que el marxismo leninismo presentaba como historia del marxismo. Esto debe ser afirmado sin ambages: el efecto teórico perdurable del leninismo ha sido un brutal empobrecimiento del campo de la diversidad marxista. Mientras que al final del período de la Segunda Internacional los campos en que la discursividad marxista operaba habían pasado a ser crecientemente diversificados —en un espectro que, especialmente en el austromarxismo, se extendía desde el problema de los intelectuales a la cuestión nacional, y de las contradicciones internas de la teoría del valor a la relación entre socialismo y ética—, la división del movimiento obrero internacional y la reorganización de su ala revolucionaria en torno a la experiencia soviética condujeron a la discontinuidad de este proceso creativo. El caso patético de un Lukács, que enfeudó su innegable capacidad intelectual a la consolidación de un horizonte teórico político que no iba más allá del conjunto de estereotipos de la Tercera Internacional, es extremo pero ciertamente no único. Es importante mencionar que muchos de los problemas con los que se enfrenta la estrategia socialista en las condiciones del capitalismo tardío ya están contenidos, *in nuce*, en el austromarxismo, pero tuvieron poca continuidad en el período de entreguerras. Sólo el ejemplo aislado de Gramsci, escribiendo desde las cárceles mussolinianas, puede ser citado como un punto de partida cuyo nuevo arsenal de conceptos —guerra de posición, bloque histórico, voluntad colectiva, liderazgo intelectual y moral— es el punto de arranque de nuestras reflexiones en *Hegemonía y estrategia socialista*.

Revisitar —reactivar— las categorías marxistas a la luz de esta serie de nuevos problemas y desarrollos tenía que conducir, necesariamente, a deconstruir aquéllas —es decir, a desplazar algunas de sus condiciones de posibilidad y a desarrollar nuevas posibilidades que trascienden todo aquello que puede ser caracterizado como *aplicación* de una categoría—. Sabemos, por Wirgenstein, que no hay algo como la “aplicación de una regla” —la instancia de la aplicación es parte de la propia regla—. Releer la teoría marxista a la luz de los problemas contemporáneos implica necesariamente deconstruir las categorías centrales de esa teoría. Esto es lo que ha sido denominado nuestro “posmarxismo”. Nosotros no inventamos este rótulo —él aparece sólo marginalmente (y no como rótulo) en la introducción de nuestro libro—. Pero puesto que se ha generalizado como caracterización de nuestra obra, podemos afirmar que no nos oponemos a él en la medida en que se lo entienda correctamente: tanto como proceso de reapropiación de una tradición intelectual, como de ir más

allá de esta última. Y en el desarrollo de esta tarea es importante señalar que ella no debe ser considerada tan sólo como una historia *interna* del marxismo. Muchos antagonismos sociales, muchos problemas que son cruciales para la comprensión de las sociedades contemporáneas, pertenecen a campos de discursividad que son *externos* al marxismo y que no pueden ser reconceptualizados en términos de las categorías marxistas, dado, especialmente, que es su misma presencia la que pone en cuestión al marxismo como sistema teórico cerrado y conduce a la postulación de nuevos puntos de partida para el análisis social.

Hay un aspecto en particular que quisiéramos subrayar en este punto. Todo cambio sustancial en el contenido *óntico* de un campo de investigación conduce también a un nuevo paradigma *ontológico*. Althusser decía que detrás de la filosofía de Platón estaba la matemática griega; detrás del racionalismo del siglo XVII, la física de Galileo, y detrás de la filosofía de Kant, la teoría de Newton. Para plantear el argumento de modo trascendental: la pregunta estrictamente ontológica se interroga acerca de cómo los entes tienen que ser para que la objetividad de un campo específico resulte posible. La ontología implícita en el freudismo, por ejemplo, es diferente e incompatible con la que subyace en un paradigma biológico. Hay un proceso de realimentación mutua entre la incorporación de nuevos campos de objetos y las categorías ontológicas generales que gobiernan, en un cierto momento, el campo general de la objetividad. Desde este punto de vista, nuestra convicción es que en la transición del marxismo al posmarxismo el cambio no es sólo óntico sino también ontológico. Los problemas de una sociedad globalizada y regida por la información son impensables a partir de los dos paradigmas que han gobernado el campo de la discursividad marxista: primero el hegeliano y más tarde el naturalista.

Nuestro enfoque se funda en privilegiar el momento de la articulación *política*, y la categoría central del análisis político es, en nuestra perspectiva, la *hegemonía*. En tal caso, repitiendo nuestra pregunta trascendental: ¿cómo tiene que ser una relación entre entidades para que una relación hegemónica resulte posible? Su condición inherente es que una fuerza social *particular* asuma la representación de una *totalidad* que es radicalmente incommensurable con ella. Este tipo de "universalidad hegemónica" es el único que una comunidad política puede alcanzar. Desde este punto de vista, nuestro análisis debe ser diferenciado de aquellos en los que la universalidad encuentra, en el campo social, una expresión directa, no mediada económicamente, y de aquéllos

en los que las particularidades simplemente coexisten sin que sea pensable ninguna mediación entre ellas—como en ciertas formas del posmodernismo—. Pero si una relación de representación hegemónica va a ser posible, su *status* ontológico tiene que ser definido. Éste es el punto en que, en nuestro análisis, la noción de lo social concebido como espacio *discursivo*—es decir, que haga posibles relaciones de representación que son estrictamente impensables dentro de un paradigma fiscalista o naturalista—pasa a adquirir una importancia capital. En otros trabajos hemos mostrado que la categoría de "discurso" tiene una tradición que remonta a las tres principales corrientes intelectuales del siglo XX: la filosofía analítica, la fenomenología y el estructuralismo. En las tres, el siglo comenzó con una ilusión de inmediatez, de un acceso no mediado discursivamente a las cosas mismas—el referente, el fenómeno y el signo, respectivamente—. En las tres, sin embargo, esta ilusión de inmediatez se disuelve, en un cierto punto, y debe ser reemplazada por una u otra forma de mediación discursiva. Esto es lo que ocurre en la filosofía analítica en la obra del último Wittgenstein, en la fenomenología con la analítica existencial de Heidegger, y en el estructuralismo con la crítica posestructuralista del signo. Es también, en nuestra opinión, lo que ocurre en la epistemología con la transición verificacionismo/Popper/Kuhn/Feyerband, y en el marxismo con la obra de Gramsci, en la que el absolutismo de las identidades de clase del marxismo clásico es reemplazado por identidades hegemónicas constituidas a través de mediaciones no dialécticas.

Todas estas corrientes han alimentado nuestro pensamiento en cierta medida, pero el posestructuralismo es el terreno en el que hemos encontrado la principal fuente de nuestra reflexión teórica y, dentro del campo posestructuralista, la deconstrucción y la teoría lacaniana han tenido una importancia decisiva en la formulación de nuestro enfoque acerca de la hegemonía. En la deconstrucción, la noción de indecidibilidad ha sido crucial. Si, como el trabajo de Derrida lo muestra, los indecidibles dominan al campo que anteriormente había sido considerado como gobernado por la determinación estructural, debe concluirse que la hegemonía es una teoría de la decisión tomada en un terreno indecidible. Niveles más profundos de contingencia requieren articulaciones hegemónicas, lo cual no es sino otro modo de decir que el momento de la reactivación no es otra cosa que la recuperación de un acto de institución política que sólo encuentra en sí mismo su fuente y su motivación. Por razones similares, la teoría lacaniana aporta herramientas decisivas a la formulación de una teoría de la hegemonía. Tal la categoría de *point de capiton* (pun-

to nodal, en nuestra terminología) o significativo-amo, que implica la noción de que un elemento particular asume una función "universal" estructurante dentro de un cierto campo discursivo —en realidad, cualquier tipo de organización que ese campo tenga es tan sólo el resultado de esa función— sin que la particularidad *per se* del elemento predetermine a esta última. De modo similar, la noción del sujeto anterior a la subjetivización establece la centralidad de la categoría de "identificación" y hace posible, en tal sentido, pensar en transiciones hegemónicas que son plenamente dependientes de articulaciones políticas y no de entidades constituidas fuera del campo político, tales como los "intereses de clase". En verdad, las articulaciones político hegemónicas crean retrospectivamente los intereses que ellas dicen representar.

La "hegemonía" tiene condiciones de posibilidad muy precisas, tanto desde el punto de vista de lo que una relación requiere para ser concebida como hegemónica como desde la perspectiva de la construcción de un sujeto hegemónico. Respecto del primer aspecto, la dimensión de indecidibilidad estructural antes mencionada es la condición misma de la hegemonía. Si la objetividad social, a través de sus leyes internas, determinara todo tipo de arreglo estructural existente —como lo preconiza una concepción sociológica de lo social— no habría espacio para las rearticulaciones hegemónicas contingentes —ni tampoco, desde luego, para la política como actividad autónoma—. A los efectos de que la hegemonía sea posible, el requerimiento es que elementos cuya propia naturaleza no los predetermina a entrar en un cierto tipo de articulación más bien que en otro, se ven, sin embargo, configurados de un cierto modo como resultado de una práctica externa a ellos. La visibilidad de los actos de institución originaria —en su contingencia específica— es, en tal sentido, la condición de toda formación hegemónica. Pero hablar de *articulación contingente* es enunciar la dimensión central de la "política". Este privilegio atribuido al momento político en la estructuración de lo social es un aspecto esencial de nuestro enfoque. Nuestro libro muestra cómo, históricamente, la categoría de hegemonía fue originariamente elaborada en la socialdemocracia rusa como intento de referirse a una intervención política autónoma, que fue posible por la dislocación estructural entre actores y tareas democráticas resultante del desarrollo tardío del capitalismo en Rusia; cómo más tarde la noción de "desarrollo desigual y combinado" extendió el área de operatividad de la hegemonía a las condiciones generales de la política en la era imperialista, y cómo con Gramsci esta dimensión hegemónica es presentada como constitutiva de la subjetividad de los agentes históricos —que ce-

san, de este modo, de ser meros agentes *de clase*—. Podríamos añadir que esta dimensión de contingencia, y la autonomización concomitante de lo político, son aun más visibles en el mundo contemporáneo, en las condiciones del capitalismo avanzado, en el que las rearticulaciones hegemónicas son mucho más generalizadas de lo que eran en tiempos de Gramsci.

En lo que se refiere a la subjetividad hegemónica, nuestro argumento empalma con el conjunto del debate en torno de la relación entre universalismo y particularismo, que ha adquirido una centralidad considerable en años recientes. La relación hegemónica tiene, sin duda, una dimensión universalista, pero se trata de un tipo muy particular de universalismo, cuyos rasgos distintivos es importante subrayar. No es el resultado de una decisión contractual, como en el *Leviatán* de Hobbes, puesto que el vínculo hegemónico transforma la identidad de los sujetos hegemónicos. No está necesariamente ligado al espacio público, como la noción hegeliana de "clase universal", puesto que las rearticulaciones hegemónicas comienzan al nivel de la sociedad civil. No se asemeja, finalmente, a la noción marxista del proletariado como clase universal, puesto que no resulta de una reconciliación humana final que conduciría a la extinción del Estado y al fin de la política; el vínculo hegemónico es, por el contrario, constitutivamente político.

¿Cuál es, en tal caso, la universalidad específica inherente en la hegemonía? En nuestro texto sostenemos que ella resulta de la peculiar dialéctica que se establece entre lo que llamamos lógica de la diferencia y lógica de la equivalencia. Los actores sociales ocupan posiciones diferenciales en el interior de aquellos discursos que constituyen el tejido social. En tal sentido ellas son, estrictamente hablando, particularidades. Por el otro lado, hay antagonismos sociales que crean fronteras internas a la sociedad. Respecto de las fuerzas opresivas, por ejemplo, un conjunto de particularidades establece entre sí relaciones de equivalencia. Resulta necesario, sin embargo, representar la totalidad de esta cadena más allá del particularismo diferencial de los eslabones equivalentes. ¿Cuáles son los medios de representación? Como lo afirmamos, esos medios de representación sólo pueden consistir en una particularidad cuyo cuerpo se divide, dado que, sin cesar de ser particular, ella transfiere a su cuerpo en la representación de una universalidad que lo trasciende —la de la cadena equivalencial—. Esta relación, por la que una cierta particularidad asume la representación de una universalidad enteramente incommensurable con la particularidad en cuestión, es lo que llamamos una *relación hegemónica*. Como resultado, la universalidad es una universalidad *contaminada*: (1) ella

no puede escapar a esta tensión irresoluble entre universalidad y particularidad; (2) su función de universalidad hegemónica no está nunca definitivamente adquirida, sino que es, por el contrario, siempre reversible. Aunque nosotros estamos radicalizando, sin duda, la intuición gramsciana en varios aspectos, pensamos que algo de este tipo subyace a la distinción que Gramsci estableció entre clase corporativa y clase hegemónica. Nuestra noción de una universalidad contaminada se aparta, por consiguiente, de una concepción como la de Habermas, para quien la universalidad tiene un contenido propio, independiente de toda articulación hegemónica. Pero también evita el otro extremo, representado, quizás en su forma más pura, por el particularismo de Lyotard, cuya concepción de la sociedad como pluralidad de juegos de lenguaje incommensurables, en los que las interacciones sólo pueden ser concebidas como daño (*toré*), hace imposible toda articulación *política*.

La consecuencia es que nuestro enfoque concibe a la universalidad como universalidad *política* y, en tal sentido, como dependiente de las fronteras internas de la sociedad. Esto nos conduce a lo que es quizás el argumento central de nuestro libro, que se vincula con la noción de *antagonismo*. Hemos explicado por qué, en nuestra opinión, ni las oposiciones reales (la *Realpregnanz* de Kant) ni la contradicción dialéctica pueden dar cuenta de la relación específica que denominamos "antagonismo social". Nuestra tesis es que los antagonismos no son relaciones *objetivas* sino relaciones que revelan los límites de toda objetividad. La sociedad se constituye en torno a sus límites, que son límites antagonísticos, y la noción de límite antagonístico debe ser concebida literalmente, es decir, que no hay "astucia de la razón" que se exprese a través de las relaciones antagonísticas, ni hay tampoco ninguna clase de superjuego que someta a los antagonismos a su sistema de reglas. Por esto, no concebimos a lo político como una superestructura sino que le atribuimos el *status* de una *ontología de lo social*. De este argumento se sigue que, para nosotros, la división social es inherente a la política y también —como lo sostenemos en la última parte del libro— a la posibilidad misma de una política democrática.

Quisiéramos poner énfasis en este último punto. El antagonismo está, sin duda, en el centro de la actual relevancia de nuestro enfoque, tanto al nivel teórico como político. Esto podría parecer paradójico, dado que una de las principales consecuencias de las profundas transformaciones que han tenido lugar en los quince años posteriores a la publicación de este libro ha sido que la noción de antagonismo ha desaparecido del discurso político de la izquierda. Pero a diferencia de aquellos para quienes esto representa un progreso, pa-

ra nosotros ésta es la principal fuente de nuestras presentes dificultades. Uno hubiera podido esperar que el colapso del modelo soviético hubiera dado un renovado ímpetu a los partidos socialistas democráticos, una vez liberados de la imagen negativa del proyecto socialista que su antiguo antagonista proyectara. Sin embargo, con el fracaso de la variante comunista ha sido la idea misma del socialismo la que ha pasado a estar desacreditada. Lejos de ser revitalizada, la socialdemocracia entró en crisis. En lugar de una reformulación del proyecto socialista, a lo que hemos asistido en la última década ha sido al triunfo del neoliberalismo, cuya hegemonía ha pasado a ser tan generalizada que ha tenido incluso un efecto profundo en la propia identidad de la izquierda. Podría incluso argumentarse que el proyecto de la izquierda está hoy en una crisis más profunda que cuando este libro fue escrito, a comienzos de los años ochenta. Con la excusa de la "modernización", un creciente número de partidos socialdemócratas ha abandonado su identidad de izquierda para redefinirse, de modo eufemístico, como "centroizquierda". Sostienen que la distinción entre izquierda y derecha ha pasado a ser obsoleta y que lo que se requiere es una política de "centro radical". La tesis básica de lo que se presenta como "tercera vía" es que la caída del comunismo y las transformaciones socioeconómicas ligadas al advenimiento de una sociedad informática y a los procesos de globalización han conducido a la desaparición de los antagonismos sociales. Una política sin fronteras resultaría ahora posible —una "win-win politics"—, fundada en soluciones que favorecerían a todo el mundo. Esto significa que la política ya no se estructuraría más en torno a la división social, y que los problemas políticos habrían pasado a ser meramente técnicos. De acuerdo con Ulrich Beck y con Anthony Giddens —los teóricos de esta nueva política—, vivimos en la actualidad en las condiciones de una "modernización reflexiva", en que el modelo adversarial de la política, de "nosotros contra ellos", habría perdido toda validez. Según ellos hemos entrado en una nueva era en que la política debe ser encarada de un modo enteramente diferente. La política radical debería centrarse en los problemas de la "vida" y ser "generativa", permitiendo a los distintos grupos realizar sus objetivos; y la democracia debe ser encarada bajo la forma de un "diálogo", en el que las controversias deben resolverse escuchándose los unos a los otros.

Se habla mucho en la actualidad de la "democratización de la democracia". No hay nada malo, en principio, con esa perspectiva, y a primera vista parecería coincidir con nuestra idea de una "democracia radical y plural". Hay, sin embargo, una diferencia crucial, por cuanto nosotros nunca conce-

bimos el proyecto de radicalización de la democracia que sostenemos como teniendo lugar en un terreno neutral, cuya topología no sería afectada, sino como una transformación profunda en las relaciones de poder existentes. Para nosotros el objetivo era el establecimiento de una nueva hegemonía, que requiere la creación de nuevas fronteras políticas, no su desaparición. Sin duda es algo positivo que la izquierda haya finalmente comprendido la importancia del pluralismo y de las instituciones liberal democráticas, pero el problema es que esta comprensión ha sido acompañada por la creencia errónea de que esto implicaba el abandono de todo intento de transformación del presente orden hegemónico. De ahí la sacralización del consenso, el desdibujamiento de las fronteras entre la izquierda y la derecha, y el nuevo movimiento hacia el centro.

Pero este viraje extrae conclusiones erróneas de la caída del comunismo. Es importante, ciertamente, entender que la democracia liberal no es el enemigo a destruir para crear, a través de la revolución, una sociedad enteramente nueva. Esto es, desde luego, lo que ya argumentábamos en este libro mediante nuestra insistencia en redefinir el proyecto de la izquierda en términos de una “radicalización” de la democracia. Desde nuestra perspectiva, el problema con las democracias liberales “actualmente existentes” no es con sus valores constitutivos cristalizados en los principios de libertad e igualdad para todos, sino con el sistema de poder que redefine y limita la operación de esos valores. Por esto, nuestro proyecto de una “democracia radical y plural” fue concebido como una etapa en la profundización de la “revolución democrática”, como la extensión de las luchas democráticas por la igualdad y la libertad a un número crecientemente amplio de relaciones sociales.

Nunca pensamos, sin embargo, que el abandono del modelo jacobino amigo/enemigo de la política como paradigma adecuado de la política democrática debía conducir a la adopción del modelo liberal, que concibe a la democracia como una simple competición de intereses que tiene lugar en un terreno neutral —aunque el acento se ponga en la dimensión dialógica—. Sin embargo, ésta es precisamente la forma en que muchos partidos de izquierda visualizan en la actualidad el proceso democrático. Por esto, son incapaces de captar la estructura de las relaciones de poder y no pueden ni siquiera imaginar la posibilidad de establecer una nueva hegemonía. Como consecuencia, el elemento anticapitalista que había estado siempre presente en la socialdemocracia —tanto en sus variantes de izquierda como de derecha— ha sido hoy en día erradicado de sus versiones presuntamente modernizadas. De ahí la

ausencia en su discurso de toda referencia a una posible alternativa al orden económico presente, que es aceptado como el único viable —como si el reconocimiento del carácter ilusorio de un corte total con la economía de mercado cerrara toda posibilidad de diferentes modos de regulación de las fuerzas del mercado y significara que no hay alternativa a una aceptación total de las lógicas de estas últimas—.

La justificación usual del “dogma de la ausencia de alternativas” es la globalización, y el argumento generalmente utilizado contra las políticas redistributivas socialdemócratas es que los controles fiscales rígidos por parte de los gobiernos son la única posibilidad realista en un mundo en el que los mercados globales no permitirían ninguna desviación de la ortodoxia neoliberal. Este argumento da por sentado el terreno ideológico que ha emergido como resultado de años de hegemonía neoliberal, y transforma en una necesidad histórica lo que es una situación coyuntural. Presentadas como gobernadas exclusivamente por la revolución informática, las fuerzas de la globalización son desgajadas de sus dimensiones políticas y aparecen como un destino al que todos debemos someternos. ¡De tal modo, se nos dice que no hay más políticas económicas de izquierda o de derecha sino solamente buenas y malas!

Pensar en términos de relaciones hegemónicas significa romper con estas falacias. Explorar el llamado “mundo globalizado” a través de la categoría de hegemonía elaborada en este libro puede ayudarnos a entender que la presencia coyuntural, lejos de reflejar el único orden social natural o posible, es la expresión de una cierta configuración de las relaciones de poder. Es el resultado de jugadas hegemónicas por parte de fuerzas sociales específicas que han sido capaces de implementar una transformación profunda en las relaciones entre las corporaciones capitalistas y los Estados nacionales. La hegemonía puede ser desafiada. La izquierda debe comenzar a elaborar una alternativa creíble frente al orden neoliberal, en lugar de tratar simplemente de administrar a este último de un modo más humano. Esto, desde luego, requiere trazar nuevas fronteras políticas y reconocer que no puede haber política radical sin la identificación de un adversario. Es decir que lo que se requiere es la aceptación del carácter inerradicable del antagonismo.

Hay también otro aspecto en el que la perspectiva teórica desarrollada en este libro puede contribuir a restaurar la centralidad de lo político; se vincula al esfuerzo por señalar las deficiencias de lo que con frecuencia se presenta como la visión más prometedor y sofisticada de una política progresista: el modelo de “democracia deliberativa” propuesto por Habermas y sus seguidores.

Es útil contrastar nuestro enfoque con el de ellos, dado que existen en realidad ciertas similitudes entre la concepción de la democracia radical que sostenemos y la que ellos defienden. Como ellos, nosotros criticamos el modelo agregativo de democracia, que reduce el proceso democrático a la expresión de intereses y preferencias manifestados a través de un voto que selecciona a los líderes que llevarán a cabo las políticas escogidas. Como ellos, nosotros objetamos que ésta es una visión empobrecida de la política democrática, que no reconoce el modo en que las identidades políticas —que no son dadas a priori— son constituidas y reconstituidas a través de los debates en la esfera pública. La política, argumentamos, no consiste simplemente en registrar intereses preexistentes, sino que juega un papel crucial en la conformación de los sujetos políticos. Acerca de estos tópicos nos encontramos de acuerdo con los habermasianos. Además, coincidimos con ellos en la necesidad de tener en cuenta la pluralidad de voces que una sociedad democrática abarca, y en el requerimiento de una ampliación del campo de las luchas democráticas.

Hay, sin embargo, importantes puntos de divergencia, que giran en torno al marco teórico que informa nuestras respectivas concepciones. El papel central que la noción de antagonismo desempeña en nuestro trabajo cierra toda posibilidad de una reconciliación final, de un consenso racional, de un “nosotros” plenamente inclusivo. Para nosotros, una esfera pública, sin exclusiones y dominada enteramente por la argumentación racional, es una imposibilidad conceptual. El conflicto y la división no son, en nuestro análisis, disturbios que desgraciadamente no pueden ser eliminados, ni impedimentos empíricos que hacen imposible la plena realización de una armonía que es inalcanzable porque nunca seremos capaces de dejar completamente de lado nuestras particularidades a los efectos de actuar de acuerdo con nuestro yo racional —una armonía a la que, sin embargo, debemos esforzarnos por acercarnos—. Lo que sostenemos es que sin conflicto y división, una política pluralista y democrática sería imposible. Creer que una resolución final de los conflictos es eventualmente posible —incluso si es vista como una aproximación asintótica a la idea regulativa de un consenso racional—, lejos de proveer el horizonte necesario para el proyecto democrático, pone a éste en peligro. Concebida de modo tal, la democracia pluralista pasa a ser un ideal que se autorrefuta, ya que el mismo momento de su realización coincidiría con el de su desintegración. Por esto, subrayamos que es vital para la política democrática reconocer que toda forma de consenso es el resultado de una articulación hegemónica, y que siempre existirá una exterioridad que impedirá su realización plena. A dife-

rencia de los habermasianos, no vemos en esto algo que socava el proyecto democrático, sino su misma condición de posibilidad.

Una palabra final acerca del modo en que encaramos las tareas más urgentes de la izquierda. Varias voces se han oído recientemente proclamando: “¡Volvamos a la lucha de clases!”. Ellas sostienen que la izquierda se ha identificado demasiado estrechamente con cuestiones “culturales” y que ha abandonado la lucha contra las desigualdades económicas. Ya es tiempo, se dice, de dejar de lado la obsesión con la “política de las identidades” y de prestar nuevamente atención a los reclamos de la clase obrera. ¿Qué pensar de estas críticas? ¿Estamos hoy en una coyuntura opuesta a aquella que proveyó el trasfondo de nuestra reflexión, que se fundó en criticar a la izquierda por no tener suficientemente en consideración las luchas de los “nuevos movimientos sociales”? Es verdad que la evolución de los partidos de izquierda ha sido de un carácter tal que su principal preocupación han pasado a ser las clases medias, en detrimento de los trabajadores. Pero esto no se debe a ninguna unilateralización de los problemas de “identidad”, sino a su incapacidad de concebir una alternativa al neoliberalismo y a su aceptación acrítica de los imperativos de “flexibilidad”. La solución no es abandonar la lucha “cultural” para volver a la política “real”. Una de las tesis centrales de *Hegemonía y estrategia socialista* es la necesidad de crear una cadena de equivalencias entre las varias luchas democráticas y en contra de las diferentes formas de subordinación. Como lo hemos argumentado, las luchas contra el sexismo, el racismo, la discriminación sexual, y en defensa del medio ambiente necesitan ser articuladas con las de los trabajadores en un nuevo proyecto hegemónico de la izquierda. Para ponerlo en una terminología que se ha tornado popular recientemente, en lo que insistimos es en que la izquierda necesita encarar tanto las cuestiones ligadas a la “redistribución” como al “reconocimiento”. Esto es lo que entendemos por “democracia radical y plural”.

Hoy en día este proyecto resulta más pertinente que nunca —lo que no quiere decir que sea más fácil de realizar—. En verdad, a veces pareciera como si, más que pensar en “radicalizar” la democracia, la prioridad fuera defenderla contra las fuerzas que, insidiosamente, la amenazan desde dentro. En lugar de reforzar sus instituciones, pareciera que el triunfo de la democracia sobre su adversario comunista ha contribuido a su debilitamiento. La falta de identificación con el proceso democrático está alcanzando proporciones preocupantes, y el cinismo respecto de la clase política está tan extendido que está socavando la confianza básica de los ciudadanos en el sistema parlamentario.

No hay, ciertamente, motivos para alegrarse acerca del estado actual de la política en las sociedades liberal democráticas. En algunos países esta situación está siendo hábilmente explotada por demagogos populistas de derecha, y el éxito de figuras tales como Haider y Berlusconi atestigua que esa retórica puede atraer a un número considerable de seguidores. En la medida en que la izquierda abandone la lucha hegemónica e insista en su posición centrista, hay pocas esperanzas de que esta situación pueda ser modificada. Sin duda, comenzamos a ver la emergencia de una serie de resistencias al intento de las corporaciones transnacionales de imponer su poder sobre todo el planeta. Pero sin una visión acerca de cuál podría ser un modo alternativo de organizar las relaciones sociales, una visión que restaure la centralidad de la política por sobre la tiranía de las fuerzas del mercado, esos movimientos habrán de permanecer en un nivel meramente defensivo. Si de lo que se trata es de construir una cadena de equivalencias entre las luchas democráticas, se necesita establecer una frontera e identificar un adversario. Pero esto no es suficiente. Uno necesita también saber por lo que está luchando, qué clase de sociedad uno quiere establecer. Esto requiere por parte de la izquierda una adecuada comprensión de la naturaleza de las relaciones de poder y de la dinámica de la política. Lo que está en juego es la construcción de una nueva hegemonía. Nuestro lema debe ser: "Volvamos a la lucha hegemónica".

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe
Noviembre de 2002

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Este libro se publicó en inglés en enero de 1985, y ha estado desde entonces en el centro de un conjunto de debates, a la vez teóricos y políticos, que tienen lugar actualmente en el mundo anglosajón. Digamos tan sólo algunas palabras acerca de este contexto, para que resulte más claro, al lector de lengua española, el sentido de nuestra intervención.

Desde el punto de vista teórico, tres cuestiones han sido dominantes en estos debates: la crítica al esencialismo filosófico, el nuevo papel asignado al lenguaje en la estructuración de las relaciones sociales y la deconstrucción de la categoría de "sujeto" en lo que respecta a la constitución de las identidades colectivas. El primer aspecto es bien conocido y no requiere demasiados esclarecimientos: desde distintas tradiciones —la crítica wittgensteiniana a la noción de un *sentido* determinable al margen de los distintos "juegos de lenguaje", la afirmación de la facticidad e historicidad del ser en Heidegger, la crítica postestructuralista a la fijación de la relación significante/significado en la constitución del signo— las principales corrientes del pensamiento contemporáneo encuentran un denominador común en el rechazo de la metafísica de la presencia, que había constituido la piedra angular del pensamiento filosófico tradicional.

Esta crítica presenta una segunda característica: la centralidad atribuida al lenguaje en áreas cada vez más amplias de las relaciones sociales. Nuevamente, éste es un rasgo común en la obra de pensadores tan diferentes como Wittgenstein y Heidegger, Derrida y Lacan. Sin embargo, esto no ha significado la explicación simplemente *lingüística* (en el estrecho sentido de lenguaje hablado o escrito) de lo social, sino más bien el reconocimiento de que aquellas lógicas relacionales que fueran originariamente analizadas en el campo de lo lingüístico (en el sentido restringido) tienen un área de pertinencia mucho más amplia que se confunde, de hecho, con el campo de lo social. Es decir, que en el mismo momento en que se generaliza en las ciencias sociales el modelo lingüístico, se desarrolla también una creciente duda acerca de los *lími-*

tes del lenguaje. El concepto de "discurso", que presentamos en el capítulo tercero, se vincula a esta perspectiva teórica.

Finalmente, los efectos de las dos transformaciones anteriores se han combinado para hacer entrar en crisis la categoría de "sujeto", aquella unidad cartesiana que era atribuida por las ciencias humanas tradicionales a los agentes sociales. Éstos son actualmente concebidos como sujetos "descentrados", como constituidos a través de la unidad relativa y débilmente integrada de una pluralidad de "posiciones de sujeto".

En nuestro libro hemos tratado de analizar el impacto potencial que tiene este conjunto de perspectivas teóricas para una serie de debates políticos recientes en la izquierda europea.

Nuestro discurso se liga, en primer término, a la llamada "crisis del marxismo". Hemos subrayado el hecho de que esta crisis, lejos de ser un fenómeno reciente, se enraza en una serie de problemas con los que el marxismo se veía enfrentado desde la época de la Segunda Internacional. En tal sentido, nuestro texto sugiere que el hilo de Ariadna que preside la subversión de las categorías del marxismo clásico es la generalización de los fenómenos del "desarrollo desigual y combinado" en el capitalismo tardío, y el surgimiento de la "hegemonía" como nueva lógica de constitución de lo social que compone, a un nivel distinto del postulado por la tradición marxista, los fragmentos sociales, dislocados y dispersos por esa desigualdad del desarrollo. Pero esto significa que la hegemonía, como lógica de la facticidad y la historicidad que no se liga, por tanto, a ninguna "ley necesaria de la historia", sólo puede ser concebida sobre la base de una crítica a toda perspectiva esencialista acerca de la constitución de las identidades colectivas. Este es el punto en el que la lógica política argumentativa de Gramsci puede ser ligada a la crítica filosófica radical que antes señaláramos.

Esto no es todo, sin embargo. Según argüimos en el texto, el pensamiento de Gramsci es sólo un momento transicional en la deconstrucción del paradigma político esencialista del marxismo clásico. Porque para Gramsci, el núcleo de toda articulación hegemónica continúa siendo *una* clase social fundamental. Es aquí justamente donde la realidad de las sociedades industriales avanzadas —o postindustriales— nos obliga a ir más allá de Gramsci y a deconstruir la noción misma de "clase social". Y esto porque la noción tradicional de "clase" suponía la unidad de las posiciones de sujeto de los diversos agentes; en tanto que en las condiciones del capitalismo maduro, dicha unidad es siempre precaria y sometida a un constante proceso de rearticulación hege-

mónica. Éste es el punto en el que, en nuestro texto, intentamos ligar la problemática teórica de la crítica al esencialismo y a la concepción del sujeto unitario y fundante, con el conjunto de problemas vinculados a la emergencia de nuevos antagonismos y a la transformación de la política en el mundo contemporáneo.

Esto nos ha conducido a redefinir el proyecto socialista en términos de una radicalización de la democracia; es decir, como articulación de las luchas contra las diferentes formas de subordinación —de clase, de sexo, de raza, así como de aquellas otras a las que se oponen los movimientos ecológicos, antinucleares y antiinstitucionales—. Esta democracia radicalizada y plural, que proponemos como objetivo de una nueva izquierda, se inscribe en la tradición del proyecto político "moderno" formulado a partir del Iluminismo, e intenta prolongar y profundizar la revolución democrática iniciada en el siglo XVIII, continuada en los discursos socialistas del siglo XIX, y que debe ser extendida hoy a esferas cada vez más numerosas de la sociedad y del Estado. Nuestra tesis es que para llevar a su conclusión un proyecto tal, es necesario abandonar un cierto número de tesis epistemológicas del Iluminismo, ya que es sólo a través de una crítica del racionalismo y del esencialismo como es posible dar cuenta, de manera adecuada, de la multiplicidad y diversidad de las luchas políticas contemporáneas.

Este conjunto de problemas es abordado, en el presente libro, a partir de una reflexión teórica y política que tiene como punto de mira las luchas sociales en los países del capitalismo maduro. Debemos decir, sin embargo, en el momento en que este trabajo se hace asequible a un público más amplio del mundo español e hispanoamericano, que no consideramos que su validez se restrinja a áreas sociales o geográficas particulares. Pensamos, por el contrario, que la experiencia del "desarrollo desigual y combinado", de la dislocación que es su resultante y de las consiguientes recomposiciones hegemónicas —heterodoxas respecto a las categorías clasistas del marxismo— es más evidente todavía en los países de la periferia capitalista. En ellos asistimos constantemente a la redefinición de las fronteras de lo político, y a la emergencia de identidades populares y colectivas que no se recortan en términos de la divisoria de clases. Y también —ni qué decirlo— el conjunto de problemas vinculados a la experiencia de la democracia y a las posibilidades de su radicalización es aun mucho más apremiante que en las sociedades industriales avanzadas. Es por eso por lo que queremos cerrar este prefacio con una indicación a que este discurso en torno a la democracia, a las dificultades de

constitución de la misma y a la pluralidad de sus puntos de partida sea continuado y expandido por otros —y, por supuesto, también criticado y contraído cuando corresponda— desde una variedad de experiencias y situaciones concretas. Si el pluralismo que nuestro texto preconiza ha de ser realizado en la práctica, sólo puede hacerlo incorporando otros textos, tradiciones y experiencias, que expandan constantemente el tejido argumentativo a través del cual un sentido común democrático se construye.

Londres, agosto de 1987

INTRODUCCIÓN

El pensamiento de izquierda se encuentra hoy en una encrucijada. Las “evindencias” del pasado —las formas clásicas de análisis y cálculo político, la determinación de la naturaleza de las fuerzas en conflicto, el sentido mismo de las propias luchas y objetivos— aparecen seriamente cuestionadas por una avalancha de transformaciones históricas que ha hecho estallar el terreno en el que aquéllas se habían constituido. Algunas de estas transformaciones corresponden, sin duda, a desilusiones y fracasos: de Budapest a Praga y al golpe de Estado polaco, de Kabul a las secuelas de los triunfos comunistas en Vietnam y Camboya, lo que ha sido crecientemente cuestionado es toda una forma de concebir al socialismo y a las vías que habrán de conducir a él; y este cuestionamiento ha realimentado un pensamiento crítico, corrosivo pero necesario, acerca de los fundamentos teóricos y políticos que habían constituido tradicionalmente el horizonte intelectual de la izquierda. Pero no se trata tan sólo de eso. Un conjunto de fenómenos nuevos y positivos está también en la base de aquellas transformaciones que hacen imperiosa la tarea de reexamen teórico: el surgimiento del nuevo feminismo, los movimientos contestatarios de las minorías étnicas, nacionales y sexuales, las luchas ecológicas y antiinstitucionales, así como las de las poblaciones marginales, el movimiento antinuclear, las formas atípicas que han acompañado a las luchas sociales en los países de la periferia capitalista, implican la extensión de la conflictividad social a una amplia variedad de terrenos que crea el potencial —pero sólo el potencial— para el avance hacia sociedades más libres, democráticas e igualitarias.

Esta proliferación de luchas se presenta, en primer término, como un “exceso” de lo social respecto a los cuadros racionales y organizados de “la sociedad” —esto es, del “orden” social—. Numerosas voces, procedentes especialmente del campo liberal conservador, han insistido en la crisis de gobernabilidad de las sociedades occidentales, en el peligro igualitario que amenaza con disolverlas. Pero las nuevas formas que ha asumido la conflictividad social han

hecho también entrar en crisis otros marcos teóricos y políticos, más cercanos a aquéllos con los que intentamos dialogar críticamente en este volumen: los correspondientes a los discursos clásicos de la izquierda y a sus modos característicos de concebir a los agentes del cambio social, a la estructuración de los espacios políticos y a los puntos privilegiados de desencadenamiento de las transformaciones históricas. Lo que está actualmente en crisis es toda una concepción del socialismo fundada en la centralidad ontológica de la clase obrera, en la afirmación de *la* Revolución como momento fundacional en el tránsito de un tipo de sociedad a otra, y en la ilusión de la posibilidad de una voluntad colectiva perfectamente una y homogénea que tornaría inútil el momento de la política. El carácter plural y multifacético que presentan las luchas sociales contemporáneas ha terminado por disolver el fundamento último en el que se basaba este imaginario político, poblado de sujetos "universales" y constituido en torno a una Historia concebida en singular: esto es, el supuesto de "la sociedad" como una estructura inteligible, que puede ser abarcada y dominada intelectualmente a partir de ciertas posiciones de clase y reconstituida como orden racional y transparente a partir de un acto fundacional de carácter político. Es decir, que la izquierda está asistiendo al acto final en la disolución del imaginario jacobino.

La misma riqueza y pluralidad de las luchas sociales contemporáneas ha generado, por consiguiente, una crisis teórica. Es en este punto intermedio, de reenvíos recíprocos entre lo teórico y lo político, donde se ubicará nuestro discurso. Hemos intentado evitar en todo momento que los vacíos teóricos generados por la crisis fueran llenados por un descriptivismo impresionista y sociologizante, que vive de ignorar las condiciones de su propia discursividad. Lo que nos hemos propuesto hacer es exactamente lo contrario: concentrarnos en ciertas categorías discursivas que nos parecían constituir, *prima facie*, puntos privilegiados de una pluralidad de aspectos de la crisis que analizábamos, e intentar desentrañar, en las varias facetas de esta refracción múltiple, el sentido posible de una historia. Aquí, desde luego, todo eclecticismo o vacilación discursiva estaban excluidos desde un comienzo. Según se dice en un "manifiesto" inaugural de los tiempos clásicos, al orientarse en un terreno nuevo es necesario proceder a semejanza de "los viajeros que, encontrándose perdidos en algún bosque, no deben errar, tornando primero en una dirección y luego en otra, ni mucho menos detenerse en un punto, sino marchar siempre lo más rectamente que puedan en una misma dirección y no cambiarla por ligeras razones aun cuando al comienzo haya sido sólo el azar el que los haya

determinado a elegirla; pues de este modo, si no van exactamente adonde desean, llegarán al menos finalmente a alguna parte donde estarán probablemente mejor que en el medio de un bosque". (Descartes, *Discurso del método*, tercera parte.)

El hilo conductor de nuestro análisis lo han constituido las transformaciones del concepto de hegemonía, en tanto superficie discursiva y punto nodal fundamental de la teorización política marxista. Nuestra conclusión básica al respecto es la siguiente: detrás del concepto de "hegemonía" se esconde algo más que un tipo de relación política *complementario* de las categorías básicas de la teoría marxista; con él se introduce, en efecto, una *lógica de lo social* que es incompatible con estas últimas. Frente al racionalismo del marxismo clásico, que presentaba a la historia y a la sociedad como totalidades inteligibles, constituidas en torno a "leyes" conceptualmente explícitas, la lógica de la hegemonía se presentó desde el comienzo como una operación *suplementaria* y *contingente*, requerida por los desajustes coyunturales respecto a un paradigma evolutivo cuya validez esencial o "morfológica" no era en ningún momento cuestionada. (Determinar cuál es esa lógica específica de la contingencia es una de las tareas centrales de este libro.) Por eso la ampliación de las áreas de aplicación del concepto, de Lenin a Gramsci, fue acompañada de la expansión del campo de las articulaciones contingentes y de la retracción al horizonte de la teoría de la categoría de "necesidad histórica", que había constituido la piedra angular del marxismo clásico. Según argumentaremos en los dos últimos capítulos, es la expansión y determinación de la lógica social implícita en el concepto de "hegemonía"—en una dirección que va, ciertamente, mucho más allá de Gramsci—la que nos provee de un anclaje a partir del cual las luchas sociales contemporáneas son *pensables* en su especificidad, a la vez que nos permite bosquejar una nueva política para la izquierda, fundada en el proyecto de una radicalización de la democracia.

Queda por responder una pregunta: ¿por qué encarar esta tarea a partir de una crítica y deconstrucción de las diversas superficies discursivas del marxismo clásico? Digamos, en primer término, que no existe *un* discurso y *un* sistema de categorías a través del cual lo "real" hablaría sin mediaciones. Al operar deconstruictivamente en el interior de las categorías marxistas no pretendemos estar haciendo "historia universal", es decir, intentando inscribir nuestro discurso como momento de un proceso lineal y único del conocimiento. Así como ha concluido la era de las epistemologías normativas, ha concluido también la de los discursos universales. La aproximación a conclu-

siones políticas similares a las que se formulan en este libro podría haberse hecho desde formaciones discursivas muy diferentes —desde ciertas formas de cristianismo, por ejemplo, o desde discursos libertarios ajenos a la tradición socialista— sin que ninguna de ellas pueda aspirar a constituirse en la verdad de *la* sociedad (o en la filosofía insuperable de “nuestro tiempo” de la que habla Sartre). Pero, por eso mismo, el marxismo es *una* de las tradiciones a partir de la cual esa nueva concepción de la política resulta formulable, y para nosotros la validez de ese punto de partida se funda, simplemente, en el hecho de que él constituye nuestro propio pasado.

Ahora bien, si redimensionamos de tal modo las pretensiones y el área de validez de la teoría marxista, ¿no estamos rompiendo con algo profundamente inherente a dicha teoría, a saber, la aspiración monista a rescatar a través de sus categorías la esencia o el sentido subyacente de la Historia? La respuesta es necesariamente afirmativa. Es solamente renunciando a toda prerrogativa epistemológica fundada en la presunta posición ontológicamente privilegiada de una “clase universal”, que el grado de validez actual de las categorías marxistas puede ser seriamente discutido. En este punto es necesario decirlo sin ambages: hoy nos encontramos ubicados en un terreno claramente posmarxista. Ni la concepción de la subjetividad y de las clases que el marxismo elaborara, ni su visión del curso histórico del desarrollo capitalista, ni, desde luego, la concepción del comunismo como sociedad transparente de la que habrían desaparecido los antagonismos, pueden seguirse manteniendo hoy. Pero si nuestro proyecto intelectual en este libro es posmarxista, está claro que él es también *posmarxista*. Es prolongando ciertas intuiciones y formas discursivas constituidas en el interior del marxismo, inhibiendo y obliterando otras, como hemos llegado a construir un concepto de hegemonía que, pensamos, puede llegar a ser un instrumento útil en la lucha por una democracia radicalizada, libertaria y plural. Aquí la referencia a Gramsci, si bien parcialmente crítica, es capital. En nuestro texto hemos tratado de rescatar en alguna medida la variedad y riqueza que existió en el campo de la discursividad marxista en la era de la Segunda Internacional, y que la imagen empobrecida y monolítica del “marxismo leninismo” de las eras estalinista y posestalinista tendería a borrar —imagen que reproduce casi sin cambios, aunque con propósitos opuestos, ciertas formas actuales de “antimarxismo”—. Los defensores de un “materialismo histórico” glorioso, homogéneo e invulnerable, y los profesionales de un antimarxismo al estilo “*nouveaux philosophes*”, no advierten hasta qué punto sus apologías y denigraciones respectivas se fundan

en una concepción igualmente ingenua y primitiva del papel y grado de unidad de una doctrina —concepción que, en todas sus determinaciones esenciales, sigue siendo tributaria del imaginario estalinista—.

Nuestra aproximación a los textos marxistas ha sido, por el contrario, un intento de rescatar su pluralidad, las numerosas secuencias discursivas —en buena medida heterogéneas y contradictorias— que constituyen su trama y su riqueza, y que son la garantía de su perduración como punto de referencia del análisis político. La superación de una gran tradición intelectual nunca tiene lugar bajo la forma súbita de un colapso, sino más bien como las aguas que, procedentes originariamente de un cauce único, se diversifican en una variedad de direcciones y se mezclan con corrientes procedentes de cauces distintos. Éste es el modo en que aquellos discursos que constituyeron el campo del marxismo clásico pueden contribuir a la formación del pensamiento de una nueva izquierda: legando parte de sus conceptos, transformando o abandonando otros, y diluyéndose en la intertextualidad infinita de los discursos emancipatorios, en la que la pluralidad de lo social se realiza.